

**Weigel, Sigrid. *Cuerpo, imagen y espacio en Walter Benjamin. Una relectura*
Buenos Aires, Editorial Paidós, 1999, 303 páginas.
Traducción: José Amícola.**

Este ensayo de Sigrid Weigel (1950) —profesora de Historia y Teoría Literaria en la Universidad de Zurich— se publica en nuestro medio como un volumen que integra la colección “Género y Cultura”, dirigida por Nora Amado y Nora Domínguez. En él se propone el abordaje del corpus benjaminiano a través de un recorrido que, a pesar de lo complejo, no decae en intensidad y profundidad analítica. Las tres partes en que se divide el volumen nos permitirán dar cuenta de ese recorrido, y de los problemas con los que se vincula la actual lectura de Benjamin: la configuración teórica benjaminiana; las afinidades o puntos de contacto con otros autores (u otras teorías); y el problema de la memoria y el recuerdo para una nueva historiografía.

El primer aspecto analizado conlleva la necesidad de abordar a Benjamin como teórico; e intenta una búsqueda de los orígenes de sus figuras e imágenes de pensamiento. En la primera parte (“La política de las imágenes y del cuerpo”) el interés de la autora recae en analizar y precisar esos elementos teóricos que luego serán puestos en contacto con otras propuestas teóricas. Entre los elementos reiterados en la extensa bibliografía del filósofo alemán, Weigel precisa algunos, como por ejemplo la “imagen” y el “pensar en imágenes” —las figuras en las que se presenta la realidad y se forja una tradición de imágenes de la historia; atendiendo al trabajo teórico y lingüístico que ellas llevan consigo, la observación de sus orígenes y sus condiciones de posibilidad (p. 12). Y muy especialmente refuerza el importante papel que cumplen Freud y el psicoanálisis. Weigel hace hincapié sobre dicha afinidad en distintos momentos del trabajo; por ejemplo, en las tesis sobre la reformulación psicoanalítica de la teoría de Benjamin sobre “la magia del lenguaje” a comienzos de la década del 30, y en el mesianismo tratado en la misma época. Esta influencia se muestra de modo ejemplar en la elaboración del concepto de *memoria* alrededor de 1930, es decir, entre la primera fase de trabajo en la serie de “La obra de los Pasajes” (de 1927 a 1929), y la recuperación del mismo proyecto a partir de 1934 (allí se reconocen claras huellas de una lectura de Freud y la utilización de términos psicoanalíticos).

Esta cuestión de las afinidades, influencias y puntos de contacto constituye una de las propuestas más interesantes del trabajo (la cual se plantea en la primera parte y se profundiza y amplía en la segunda, “Otras lecturas de géneros”). Continuando con “la parte del león” de estas afinidades (la teoría freudiana), la autora propone que en la obra de Benjamin los “modos de observación” del psicoanálisis aparecen en una conformación claramente “re-materializada”, referidos precisamente al cuerpo humano. Esta concretización o materialización de la teoría la logra —según Weigel— al entretener las propuestas de Marx con el concepto freudiano de los sueños: así, Benjamin sostiene que a través de la decodificación de los símbolos de deseo que se han tornado materiales (que, como todos los elementos del inconsciente, llegan a su representación como *distorsiones*), las imágenes de la historia pueden llegar a ser reconocidas y leídas. Esto significaría que en Benjamin se produce una “metamorfosis” que superpone el paradigma de Marx basado en la oposición “ser/conciencia” con el de Freud “conciencia-inconsciente”. El modo en que Benjamin reformularía el materialismo histórico (tanto en “El libro de los Pasajes” como en “Sobre el concepto de historia”), podría describirse como una *distorsión*, en sentido freudiano, es decir en relación con los jeroglíficos del recuerdo, donde se halla la huella de los estímulos o una reelaboración psíquica. La distorsión benjaminiana, entonces, se manifestaría en el modo paradigmático en que Benjamin ilumina las imágenes del imaginario colectivo frente a la interpretación marxista, hasta desplazar ese “conjurar a los muertos” —que para Marx se encuadraba bajo la categoría de la falsa conciencia— en una práctica de la cita y en un “obrar en la esfera de la imagen de lo político” (p. 42).

Pasando ahora a otros autores con quienes Weigel rastrea afinidades, se destacan dos del campo de la “teoría francesa”: Michel Foucault y Julia Kristeva. La autora expresa su interés por abordar lo que sería un punto vacío en el actual discurso teórico: las relaciones entre la temprana teoría crítica y el postestructuralismo. Con respecto a J. Kristeva y a su presencia angular en el debate teórico feminista, plantea que las condiciones que ofrece Benjamin son un complemento importante a las posibilidades de la teoría de Kristeva, ya que permite trasladar los cuestionamientos desde el campo psicoanalítico al histórico.

Y finalmente, el tercer aspecto a considerar de este complejo ensayo, es el que mencionamos como el problema de la memoria y el recuerdo para una nueva historiografía (a ello dedica la autora numerosas páginas, así como la tercera parte del ensayo, “La memoria y la escritura”). En este sentido,

puede retomarse la concordancia con el otro autor Francés analizado, Michel Foucault. En este encuentro, la autora precisa su análisis en el cruce entre los textos benjaminianos y el artículo de Foucault “Nietzsche, la genealogía, la historia” (1971) —es llamativo que prescindiera de otros textos, como *La arqueología del saber*, amplio y programático. Ambos autores se pronunciarían a favor de las discontinuidades, y contra la progresividad y la totalidad, haciendo complementarias la propuesta foucaultiana de “hacer una contra-memoria, desarrollando en ella una forma totalmente diferente del tiempo”, y la benjaminiana “cepillar la historia a contrapelo”. Estas decisiones epistemológicas con respecto a la historia llevan a un enfoque por demás interesante: Weigel plantea la re-lectura de las reflexiones de “Sobre el concepto de historia”, que se presentan como “cesura epistemológica” (p. 262) en nuestro siglo; ya que Benjamin postula la insostenibilidad de una filosofía de la historia asociada a los aspectos de totalidad, desarrollo e interpretación de sentido (tal como se venía dando desde la doctrina de la salvación cristiana, pasando por Kant, Hegel y Marx). Este factor —asociado al *estupor* como horror (ya que es imposible pensarlo como asombro y búsqueda racional, propio de la filosofía clásica)— se tornaría concreto e iluminador en la segunda mitad de este siglo; ya que, si el Holocausto pondría en tela de juicio de modo flagrante “la relación entre premisas racionales, la capacidad de comprender y la reconstrucción plena de sentido, a nivel de filosofía de la historia” (p. 274), al mismo tiempo existiría una incapacidad de “pensar Auschwitz” y una imposibilidad de salir del callejón de los discursos clásicos de la filosofía, la historia y la literatura. En cambio, las herramientas y las propuestas de Walter Benjamin aportarían un esquema de reflexión posible para intentar un camino liberador.

Gustavo Vulcano